

Enzo Maqueira
HIGIENE SEXUAL
DEL SOLTERO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

ENZO MAQUEIRA
HIGIENE SEXUAL DEL SOLTERO

TUSQUETS
EDITORES

Ante todo, ¿qué debe hacer un hombre antes de casarse?

¿Ha de mantenerse virgen, en perfecta castidad, o bien
practicará el amor y tendrá queridas?

Ciro Bayo, Higiene sexual del soltero.

Remolino verde sacude a pinchudo, al rebuzno de una lata enclenque y las vueltas giratorias sobre un aro de fuego o una lengua pero con pelos, ruge poderoso, en dos patas, con las aletas en punta para donde el dinosaurio se pelea con el monstruo, le salta baba al oído, las trenzas en la nariz, una miga de pan como pelota de goma, pelícano de algodón dulce, redondo, la caricia en la cabeza, el perfume de la ropa y la leche chocolatada, el «buen día» susurrado contra la almohada, la voz de mamá despertándome para empezar la primera de las mañanas de mi nueva vida.

Y entonces me despabilé del todo.

Alcé los brazos para entrar en el guardapolvo celeste, la corbata azul, el pantalón hasta la cintura. La corbata me apretaba el cuello. *¡No quiero!* Mamá aflojó un poco el nudo, me peinó el flequillo, me dijo te vas a acostumbrar. Rápido tomé mi taza de chocolatada, me cepilló los dientes, bajamos por el ascensor. Cinco cuabras casi al trote por la vereda del sol. Un kiosco para comprar galletitas. ¡Vamos, que se hace tarde! Mamá me volvió a agarrar de la mano y corrimos juntos.

Un edificio gris, un paredón con rejas. El portón negro y las escaleras en zigzag. Un pasillo hasta la sala con la cartulina verde. La señorita se acomodaba el pelo largo como el de los caballos, recibía a los últimos chicos que también llegaban tarde. Se agachó para darme un beso, cantó *bienvenido-bienvenido* mientras me abrochaba en el guardapolvo un papel con mi nombre escrito con brillantina. Ojo con el alfiler pinchudo, tené cuidado, Junior, ¿sí, corazón?, y me pellizcó los cachetes. Me invitó a pasar con mis compañeros. Me dijo que las mamis esperaban afuera, en el pasillo, hasta que los nenes aprendieran a quedarse solos.

La sala verde del jardín de infantes del colegio de los Hermanos del Corazón Sagrado olía a ténpera y plastilina. Un montón de chicos revoloteaban a mi alrededor. Un rubio cara de papa, el gordito con rulos, otro que estiraba el elástico del corbatín para

darse un latigazo en la pera. ¡Silencio!, aplauso, sonrisa, los nenes sentados. La señorita nos dijo que nos íbamos a divertir mucho. ¿Cómo?, preguntó uno de orejas coloradas. ¡Así! Abrió grande la boca la señorita, metió la mano en la caja de las sorpresas, sacó unas hojas gigantes que repartió una para cada nene: a pintar con marcadores, más tarde una canción en ronda, las galletitas de vainilla y chocolate, dormir la siesta, jugar a pasarnos una pelota. Eso, el primer día. El segundo, conocimos a unos títeres que vivían en la caja. El tercero, pintamos con marcador. Los otros nenes se divertían. Yo me levantaba a cada rato para escabullirme hasta la puerta del aula y asomarme para comprobar que mamá siguiera ahí afuera esperándome.

¿Quién sabe qué hace un bailarín?, preguntó la señorita una mañana. Levanté la mano. La canción del Mono Liso. Puse la cara seria: Un, do, tre, cuá, y moví los brazos como una mariposa. Mis compañeros se murieron de risa. ¿Por qué si yo lo había hecho perfecto? Fue nada más que el principio, porque enseguida se puso peor. Teníamos un profesor de gimnasia igual a papá (que me peleaba y me decía: ¡En guardia!, me daba una cachetada en la oreja: ¡Defendete!, un juego que a mí me hacía doler la cabeza), aunque el señor Ganizzo era musculoso y se vestía con una camiseta ajustada, siempre estaba serio, y el silbato le colgaba del cuello. Hacía

bocina con las manos: ¡Soldados!, Priiiiiiii, ordenaba la carrera. Teníamos que avanzar con el traste pegado a las baldosas hasta llegar al primer puesto, pararnos, correr, tocar la campana del otro lado del patio, volver a sentarnos al fondo de la fila. Pero todos se rieron cuando me tocó a mí. ¿Ahora qué? Resulta que había corrido como una nena. Lo peor fue cuando me tropecé, ¡aia!, porque me había raspado el tobillo. El señor Ganizzo me aturdió con el silbato: ¡No sea maricón!, y otra vez las carcajadas se me vinieron encima. Ese día salí corriendo a buscar a mamá, pero su silla estaba vacía. Justo el portero pasaba por el fondo con el secador y un trapo de piso. Desde esa distancia me dijo que me comportara como un hombre, que ya era hora de que aprendiera a quedarme solo.

A partir de ese día no quise más el pantalón ni la camisa, y mucho menos la corbata que me apretaba el cuello. Quería volar al cielo como en el libro que mamá me había regalado para mi cumpleaños. Acariciaba el dibujo de la estrella sobre el horizonte. Imaginaba que cuidaba mi rosa. En algún momento debía haber caído a la Tierra. No me acordaba por culpa del golpe tan fuerte que me había dado, así que le pedía a mamá me lo leyera todo otra vez.

Papá, en cambio, para mi cumpleaños me había regalado la camiseta de San Lorenzo. Fuimos a una plaza, porque quería enseñarme a patear. Pero como

no habíamos llevado pelota le dijo a un nene que tenía una si quería jugar conmigo. A mí ese chico me parecía tonto, pero papá igual lo dejó venir con nosotros. Jugamos un rato, hasta que el nene pateó y la pelota me pegó en la cara. Me dolió tan fuerte que me puse a llorar. El nene se fue con la pelota. Papá se puso rojo de la vergüenza y se subió al auto. Mamá me sacó una foto vestido de futbolista.

Mi día preferido era el viernes, que papá se iba a un club a jugar al póker y yo me acostaba con mamá en la cama matrimonial. Me leía libros, resolvíamos laberintos, dibujábamos pájaros y delfines, hasta que a los dos nos daba sueño y apagábamos la luz. Pero en medio de la noche me despertaban las manos frías de papá, el olor del cigarrillo, la camisa abierta; me arrancaban de las sábanas y me devolvían a mi pieza.

Con el tiempo me fui acostumbrando a que ya nada iba a ser igual que antes. Aunque a veces la pasaba bien en el jardín. Con la mancha estatua, sobre todo, que había que quedarse quieto. Un día me tocó ser mancha. Corrí al Panza Morcillo y ni siquiera llegué a rozarlo, pero Tomasito Borravino me sacó la lengua, yo estiré la mano y sin querer le arranqué la manga del guardapolvo. Me miró con sus ojos de remolino loco, respirando fuerte, igual que los toros de los dibujos animados. Mamá me había enseñado que en esas situaciones tenía que

pedir disculpas, pero Tomasito reaccionó primero que yo: los labios apretados, el puño para atrás, una trompada en la boca que me tiró al suelo.

Mamá se dio cuenta enseguida de que yo tenía problemas. No le íbamos a decir nada a papá (le iba a parecer caro, no iba a querer gastar en una pavada así, y además ella podía sacar la plata de unos ahorros que le había dejado mi abuelo), pero al otro día me llevó con un señor para que charláramos un rato. Se llamaba Licenciado Levy y era un señor con bigote puntiagudo. Hacía sonar los dedos, se acomodaba los anteojos, me miraba mientras escuchaba lo que mamá tenía para contarle: que Junior era muy solitario, que no se había hecho amigos, que era muy miedoso y quería faltar al jardín... Licenciado Levy se tocó la punta del bigote, agradeció el relato y le pidió que por favor nos dejara solos. Cerró la puerta y acercó su silla a la mía; me preguntó si me gustaban las espadas. Contesté que me gustaban mucho. ¿Mucho o no tanto? Levanté los hombros: No sé. De un cajón, sacó dos espadas de madera. A ver, revoleó una para que yo la atajara. Pero la espada me rebotó en la mano, se cayó al piso y lloré, porque me había lastimado un dedo.

Seguí viendo «al» licenciado Levy (mamá me dijo que no se llamaba Licenciado, que eso era un título que podía ganarme si iba a la universidad) cada martes, siempre a escondidas de papá. Jugábamos a

pegarle patadas a un muñeco relleno de algodón, a tirarnos bolitas con una cerbatana, lo corría alrededor del escritorio. El licenciado Levy me explicó que yo necesitaba desarrollar mi agresividad. Un día le clavé la espada en la rodilla. Me quedé callado del miedo a que le saliera sangre, pero él me felicitó. Había estado muy bien, me palmeó la espalda, abrió la puerta para llamar a mamá. Con una sonrisa del bigote parado, me dijo si por favor podía esperar afuera.

No sé qué hablaron, pero un día le dije a mamá que me encantaba la parte del *piriripín* de un tango, cuando hacía eso la canción: *piriripín*, y que yo quería aprender a tocar ese instrumento. Me preguntó si no me gustaba más ballet; a ella el ballet siempre le había gustado mucho; pero le dije que yo quería tocar ese *piriripín*. Mamá enseguida consiguió una profesora de piano, una señora de rodete que me enseñó las notas, las escalas y el solfeo. En las pruebas, me saqué muy bien, felicitado y diez. Mamá estaba contenta, y papá pagaba las clases sin protestar, pero la profesora había recomendado que Junior tuviera su propio piano. Papá le dijo a mamá que buscara uno usado. Mamá le contestó que no iba a poner un armatoste en medio del living. Al final, me compraron uno nuevo, pero de fabricación nacional. Era negro, brillante, y el taburete giraba como el comando de una nave. Repetía los ejer-

cicios que me enseñaba la profesora, con sus anteojos redondos, marcando el *tempo*: ... uno, dos, tres, cuatro; do, sol fa, reee, do, pero me aburría y tocaba las teclas como tuviera ganas. Según mamá, tenía talento para la música, para el arte en general; eso se lo había explicado el licenciado Levy. Yo nunca iba a ser un chico deportista. Tenía que desarrollar mi creatividad. El tema era que el colegio no me daba tiempo. ¿Para qué tenía que aprender a patear una pelota si yo quería ser pianista? Se lo dijo a papá, obvio que sin contarle del licenciado Levy, y que había decidido pedir en el colegio que me eximieran de la clase de Educación Física. Por supuesto que era una excusa. Mamá sabía que en Educación Física era donde yo peor la pasaba. Pensé que papá se iba a enojar, pero contestó que hiciera lo que a ella le pareciera mejor para su hijo.

Fue la época de las angustias, cuando me di cuenta de que algún día mamá se iba a morir. Fue también cuando supe (me lo contó ella) que papá no había tenido educación, que no sabía ser padre porque el suyo lo había abandonado cuando era chico, que lo habían criado a golpes: de la madre, de la celadora del internado de monjas donde lo habían dejado pupilo, de un sargento en el servicio militar... Había trabajado desde los nueve años para salir de la pobreza. Lo había logrado; gracias a él teníamos un buen pasar. Papá a veces parecía

malo, pero era generoso. Mamá me dijo que yo tenía que estar agradecido por todo el trabajo que hacía por nosotros. Yo estaba agradecido, pero era lo que los padres hacían. No se me ocurría que estuvieran para otra cosa. En cambio, mamá cocinaba, me leía cuentos, me enseñaba a dibujar y me contaba la vida de los grandes músicos de la historia. Papá mismo se lo había dicho apenas me habían tenido. Él iba a traer la plata a casa; ella me iba a criar. Por eso mamá también fue la encargada de explicarme cómo se hacían los bebés. Me dijo que los hombres y las mujeres se abrazaban, se besaban mucho y después... A mí me pareció raro: ¿Cómo hacían para besarse si tenían que meterles el pito en la cola?, pero mamá me aclaró que esa cola no, que la de adelante.

En primer grado entró un nene nuevo. Había hecho jardín y preescolar en la sala roja; lo había visto en algunos recreos, pero nunca habíamos hablado. Era uno de anteojos que se paraba muy derecho en la fila cuando teníamos que tomar distancia. Le tocó sentarse en el banco al lado del mío. Apenas el hermano que nos daba clases avisó que íbamos a rezar el Ave María, Rodri me tironeó de la manga para preguntarme si me sabía la letra: Dios te salve María, llena eres de gracia, el señor es contigo. Rezaba con la cabeza para abajo; se le iban a caer los anteojos.

Santa María, madre de Dios... ¡Cuidado!, le señalé el piso. ¿Qué? El hermano Sergio nos pidió que nos calláramos. Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte... La campana del recreo nos hizo levantar de un salto. Ninguno de los dos quiso meterse en el despelote que había en el medio del patio; era peligroso con tantos chicos más grandes que corrían por todos lados, se pegaban patadas, se perseguían. Nuestro refugio iba a ser la reja del fondo, agarrados de los barrotes que nos separaban de la calle. Veíamos pasar los autos del otro lado, las señoras que salían con el carrito a hacer las compras, todas personas grandes, porque los chicos estábamos encerrados. Rodri no me creía que yo sabía tocar el piano, y por eso le dije que un día viniera a mi casa. Me preguntó con quién vivía, porque sus papás estaban separados y él tenía dos casas. ¿Y vos ya viste al Corazón Sagrado? ¿En dónde? Rodri señaló la capilla. Corrimos los dos al mismo tiempo. Entramos empujando una puerta despintada de verde.

El olor a pasto dulce del incienso, la llama del Espíritu Santo, la corona de espinas y la sangre de Jesús: el pecho abierto, el corazón prendido fuego. A los dos nos pareció que el corazón de la imagen latía. Se hizo costumbre: mientras afuera en el patio sacudían pelotazos contra la puerta de la capilla, Rodri y yo rezábamos las oraciones que el her-

mano Sergio nos enseñaba, con los dedos apretados –los ojos fijos en el cuerpo desnudo y azotado de Cristo– de rodillas sobre una tabla con olor a madera vieja.

El milagro de la multiplicación de los panes y los peces; la resurrección al tercer día y entre los muertos; la asunción de la Virgen al cielo; los arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael; el mar Rojo abierto en dos mitades para que Moisés lo atravesara con los hombres, niños y mujeres de su pueblo. Y el diablo, que según el hermano *Serio* no podía hacernos daño, porque era como un perro atado: si te acercabas te iba a morder, pero si te mantenías lejos te salvabas. Durante esos años interminables de la primaria, el misterio se escondía en los versículos de la Biblia, las estrofas del Credo, los rezos que aprendíamos con muchas más ganas que los problemas de matemática.

Algunos mandamientos eran difíciles: ¿qué significaba «no codiciarás los bienes ajenos»? El hermano Sergio dijo que era sentir envidia, pero también si deseábamos a la mujer del prójimo. No nos preocupaba porque no teníamos mujer ni sabíamos quién era «el prójimo». Tampoco se nos ocurría robar, por más que algunos de los salvajes de nuestros compañeros se quedaban con los marcadores que se caían al piso. Y por supuesto que ninguno de los dos pensaba matar a nadie. Esos pecados no nos preocupaban. En cambio los actos impuros eran un pecado

mortal. Yo, por ejemplo, cuando miraba la tele, me frotaba contra el piso del living. Había empezado sin darme cuenta, viendo los dibujitos, pero después era a propósito. Rodri me contó que él hacía lo mismo.

Ese año hubo una tormenta tan grande que los truenos rebotaban contra el ventanal del living. Los nubarrones verdes y la nariz pegada al vidrio. Mamá estaba preocupada porque papá no volvía del trabajo. Lo había llamado varias veces, y nada; tenía que haberle pasado algo, porque si no ¿a dónde había ido? Pero justo el ascensor frenó en el quinto piso; la puerta del ascensor se cerró con un golpe; la llave entró en la cerradura. Papá estaba empapado, chorreando por las orejas, el paraguas partido al medio. Dijo que no con la cabeza; mamá dio un paso hacia atrás, se llevó la mano con el teléfono a la boca y preguntó qué había pasado. Papá parecía a punto de derrumbarse, pero se dio cuenta de que yo estaba ahí, levantó la frente y se limpió el agua de la cara: que nos quedáramos tranquilos, mañana él se iba a ocupar de resolverlo todo.

Pero al otro día teníamos el living lleno de bolsas con corpiños, camisetas, bombachas pegadas al nylon por la humedad, con olor a agua podrida, a los tres metros de inundación en el depósito del negocio. Papá sacaba las prendas del envoltorio y las ponía dentro de un balde; la abuela (no la veíamos nunca, porque vivía lejos, pero se había tomado un

colectivo y un tren para venir a ayudarnos) llevaba el balde al lavarropas, dejaba la mercadería limpia, la planchaba; el paso siguiente era meterla de nuevo en bolsas con una etiqueta de «oferta» y a mitad de precio. Mamá era la que organizaba todo. Yo quería hacer algo también, pero me dijo que no me preocupara por nada. Se me ocurrió que podía dibujar estrellas en los precios, pero no hacía falta, así que me preparé la merienda solo y me tiré en el piso a mirar los dibujitos. A los dos segundos, papá apareció a los gritos, furioso, me levantó del piso con un manotazo y me llevó hasta el baño para empujarme contra la tabla del inodoro: quería que viera de cerca lo que había hecho, que oliera lo que había dejado, a ver si la próxima vez levantaba la tabla, apuntaba al medio, tenía el respeto de por lo menos secar con papel higiénico. Yo lloraba, porque me apretaba el brazo, y también me daba vergüenza saber que la abuela había escuchado los gritos.

Papá estaba muy preocupado esos días, y yo iba a pasarla mejor con mi amigo, así que a la tarde siguiente mamá me dejó en la casa de Rodri. Su mamá trabajaba y volvía a la noche, pero él estaba acostumbrado a quedarse solo. Jugábamos a la vecina, a tomar el té, bailábamos el vals como en las películas. Dijo que también podíamos jugar al doctor. A mí eso no me gustaba. Entonces dijo que podíamos jugar a *Fama*. Los dos éramos faná-

ticos. Nos sacábamos las zapatillas y patinábamos sobre el parqué. Rodri hacía piruetas como Leroy. Yo quería ser Bruno Martelli. Otra vez le propuse que jugáramos a *Invasión extraterrestre*. Yo era un lagarto aliado de la Resistencia, y él eligió ser la líder de los invasores. ¡Tonto incompetente!, Rodri escupía el rayo láser con los dedos: ¡¡¡Fiuuuu!!! Yo me sacudía, doblaba las rodillas; Diana, una vez más, me había ganado. Un día le dije a mamá que me había hecho amigo de Rodri porque era de mi misma raza. ¿Tu raza? Pero no supe explicarle. Mientras tanto, las bolsas con las prendas planchadas y limpias, los muebles del living, la abuela, papá, mamá y yo fuimos volviendo a nuestros lugares, y a las dos semanas el negocio abrió con un cartel que decía: LIQUIDACIÓN TOTAL, sobre una cartulina que decoré con nubes de color verde.

Ese verano nos separamos. Rodri viajó al pueblo donde vivían sus abuelos, y yo lo pasé en casa, porque con la inundación nos habíamos quedado sin plata. Miraba la tele, tocaba un poco el piano, construí una nave espacial con una caja de zapatos y dos botellas de plástico como propulsores, pero todavía no había descubierto cómo hacerla volar.

Rodri se entusiasmaba con otra cosa: tercer grado, la primera comunión, íbamos a recibir el cuerpo de Cristo! Primer día de clases. Nos vol-

víamos a ver después de tanto tiempo. Pero el hermano Pedro se acercó con una lista: ¡Silencio! Los alumnos que nombro a continuación van a mi derecha, y los que nombre luego van a mi izquierda. El aula A y el aula B. Yo siempre había sido A. Nos quedamos callados y en posición de firmes. El hermano Pedro gritaba los apellidos. Rodri dijo que parecía que íbamos a la guerra de las Malvinas. Yo de eso nada más me acordaba la canción que pasaban en la radio cuando era chico. ¡Martínez! El hermano Pedro me indicó que yo iba a la izquierda, ¡pero a la izquierda iban los del aula B! Salí corriendo a buscar a mamá, que esperaba con las otras madres a que el hermano director diera comienzo al acto de inicio de clases. No me tenía que preocupar; era una cuestión de organizar mejor las aulas, para que no hubiera tantos chicos en el mismo curso... Le expliqué a mamá que al aula B iban los más salvajes. Sonó la campana y tuvo que arrastrarme a la fila. Me quedé quieto en mi lugar, con los mocos colgando. Recién cuando me tranquilicé un poco me di cuenta de que Rodri había quedado en la otra fila.

Me senté en el fondo, contra la pared, pegado a la ventana. Había logrado evitarlo desde el preescolar, y ahora Tomasito Borravino era de nuevo mi compañero. También Campagnola, que enseguida me dijo maricón, porque me vio practicando piano con los dedos en el aire. El único que me alegré de

encontrarme fue al Panza Morcillo. Habíamos hecho juntos el jardín, nunca habíamos hablado, porque era callado igual que yo, y por eso él nunca me molestaba. Pero no era de mi raza: ni siquiera sabía leer de corrido. Así que los recreos los pasaba solo, porque Rodri enseguida se hizo nuevos amigos, y yo con ellos no quería juntarme. Me refugiaba contra la misma reja donde nos habíamos sentado juntos, sacaba la nariz entre los barrotes para respirar el olor de los árboles de la calle, cerraba los ojos y me imaginaba que tocaba una canción triste, *piririripín*, silbaba como había visto silbar a papá, *piririripín fii fii piri-pipín*. A veces me reía solo imitando el sonido de los pájaros que saltaban de una rama a la otra entre los árboles de la calle. Pero ni siquiera así estaba a salvo. En un recreo, dos chicos más grandes me empujaron cuando iba al baño a hacer pis. Me caí sin tiempo de poner las manos, golpeé con la cara contra el piso y se me abrió la pera. El hermano Pedro me levantó, pero me dijo que iba a tener que pegarme la herida con La Gotita. En casa mentí, dije que me había tropezado. También que me dolía mucho la panza, así mamá me dejaba faltar al otro día.

Una mañana, me pasé el recreo rezándole al corazón de Jesús. Quería que castigara a los salvajes, que los fulminara con un rayo, que los mandara al Infierno. Cuando se hizo la hora de volver al aula, esperé un rato más hasta que el patio se vaciara,

pero los minutos pasaron y el bochinche de afuera seguía. Tuve que salir y caminar por el borde del patio para mantenerme a salvo de los empujones. Recién cuando estaba por subir al aula, me di cuenta de que todos miraban al cielo. Hasta el hermano *Serio* con su cara de chinchudo, el hermano Pedro y su carpeta azul. Me hice visera con una mano: una mancha blanca, redonda, flotando en el aire. ¿Era lo que parecía? ¡Es un OVNI!, repetían los salvajes. ¿Un OVNI? ¡Por fin había venido! Se me cayó una lágrima mientras esperaba la luz que me llevaría al cielo: Junior Martínez, de regreso a su asteroide. Pero la campana sonó otra vez, y el hermano Pedro metió la carpeta azul debajo del brazo y aplaudió para que los de tercero B lo siguiéramos. El hermano Sergio arrió a los de segundo grado. A los más grandes los buscaba el director: ¡Ala!, ¡ala!, haciendo señas para todas partes. Y yo también tuve que volver al aula, todavía seguro de que en cualquier momento el OVNI iba a rescatarme.

Esa noche, en el noticiero hablaron del plato volador que había sido avistado en Buenos Aires. Le conté a mamá, y me mostró un libro que ella tenía sobre extraterrestres. Le conté a papá, y dijo que era todo verso. En el recreo del día siguiente, volví a la capilla para pedirle a Jesús, ahora para que el OVNI volviera a buscarme. El resto del tiempo lo pasé mirando el cielo por la ventana del aula. Pero

esta vez solo había nubes. Más tarde dijeron que la NASA había estudiado el caso y había dictaminado que se trataba de un globo meteorológico. Papá ya se había encerrado a hacer las cuentas del negocio. Mamá aplastaba con un martillo la carne para las milanesas. No les quise contar la noticia. Me resigné a que estaba atrapado en este planeta.

La desilusión duró hasta que llegó lo que, según el hermano director cuando vino a darnos su discurso, iba a ser «el momento más importante de nuestras aún cortas vidas». Nos repetía los mandamientos: colgaban de la pared del aula en una cartulina blanca en el caso de los pecados veniales y en una roja para los mortales. Teníamos que comportarnos con juicio, pensar en nuestros pecados, reflexionar sobre cómo me desempeñé en casa, en el colegio, con mis amigos. Hacer un profundo examen de conciencia. ¿Respeté a mis padres? ¿Tuve temor de Dios? Repasé la lista de pecados en mi cuaderno: Santificarás las fiestas, No codiciarás los bienes ajenos, No cometerás actos impuros. Algunos me confundían. Extrañaba a Rodri, que era mucho mejor que yo para aprenderse esas cosas. Una sola vez nos volvimos a encontrar en un recreo: él bajaba las escaleras y yo subía a mi aula. Me mostró las tarjetas que había mandado a hacer para su comunión: su nombre en dorado, la Virgen rodeada de ángeles. El nuevo

novio de la mamá le había regalado el servicio de *lunch* para después de la misa. Yo estaba apurado, porque a mi aula le tocaba confesarse. Me guardé la tarjeta en el bolsillo del guardapolvo y corrí para hacer el último repaso.

Cuando sonó la campana, el grado se llenó enseguida. El hermano Sergio gritó hasta que logró que los salvajes se callaran, recogió la Biblia que había dejado sobre su escritorio, se paró frente al pizarrón y, con esa voz grave que a mamá le gustaba tanto, nos dijo que había llegado la hora de enfrentarnos a nuestro Señor.

Bajamos las escaleras. Atravesamos el patio. Íbamos en silencio, como en procesión. Las luces de la capilla estaban prendidas. El hermano Pedro nos esperaba: nos hizo sentar en las primeras filas. Al fondo, el confesionario. Morcillo era el primero; cuando el hermano Pedro le dio la orden, se levantó, hizo la señal de la cruz y se perdió entre las sombras. La llama del Espíritu Santo flameaba sobre el altar. El chirrido de la madera, si alguno de los salvajes se movía inquieto. Morcillo volvió caminando despacio y se arrodilló a rezar la penitencia. El hermano Pedro le hizo una seña a Basavilbaso, que también se perdió en el fondo. A mí me transpiraban las manos mientras repasaba la lista de mis pecados. Le tocó el turno a Moreira, López, completó la fila Campagnola. Carolo abrió la segunda

tanda: el que seguía era yo. Pensé que me desmayaba cuando llegó el momento de pararme y caminar por ese pasillo oscuro. Me arrodillé frente al confesionario, Ave María Purísima, hice la señal de la cruz. Sin pecado concebida, contestó el padre José. Era el único sacerdote del colegio, solo él estaba habilitado para ejercer los sacramentos. Era más viejo que los hermanos, que apenas llegaban a los treinta años, usaba anteojos y tenía la nariz colorada, según Rodri, porque se tomaba el vino de la misa. Respiraba con un silbido del otro lado de los agujeritos del confesionario. Preguntó por mis pecados. Mentí, dije. ¿Y qué más? Y levanté falsos testimonios. Es lo mismo. Sí, contesté. ¿Algo más? No santifiqué las fiestas. Bien, ¿otra cosa? Sí, agaché la cabeza. ¿Qué? Co-co, tartamudee, co-co-*condicioné* los bienes ajenos. El padre José suspiró: ¿Algo más? No. ¿Seguro? Seguro. ¿Estás arrepentido de esos pecados? Sí. ¿De todos? Sí. Me dictó la sentencia: dos Ave María y tres Padre nuestro. Tenía que rezarlos para que Dios me perdonara. Antes movió la mano haciendo el dibujo de una cruz, dijo: Yo te absuelvo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y me podía ir en paz. Eso era todo. Volví con las manos en oración, la cabeza gacha, a mi lugar en el banco. Detrás de mí, salió disparado Borravino. Alcancé a verlo antes de cerrar los ojos para cumplir con mi penitencia.

Tardé menos de dos minutos en pedir perdón por los pecados que había cometido en mis nueve años de vida. Dije el último Amén, levanté las rodillas del tablón y me senté a esperar que los demás terminaran de confesarse. Pero enseguida me agarró la duda: estaba convencido con «santificarás las fiestas» y con «no levantarás falsos testimonios», pero «condicionar» los bienes ajenos me confundía. Pasaron Iglesias, Pérez Domínguez, Menuzzo. Cuando el hermano Sergio nos indicó que volviéramos al aula, me desesperé por llegar rápido para abrir mi cuaderno. La vista se me nubló de nuevo: me había equivocado, quería confesar que me frotaba contra el piso del living y había dicho que envidiaba lo que tenían los otros. Mientras tanto, los salvajes, a los gritos, sacudían los bancos; Borravino escupía contra la pared del fondo; Campagnola se reía como una hiena. El hermano Sergio levantó la voz para recordarnos que teníamos que sostener el acto de contrición hasta el regreso a casa. Pero no pude. El pitido en la cabeza sonaba más fuerte; la transpiración me caía a chorros; pensé que si me moría iba a ir al Infierno. Además tenía que mantener el secreto. No podía contarle a mamá lo que hacía cuando miraba televisión. Juré que nunca más iba a frotarme. Me lo juré a mí mismo y también a Dios, que según el hermano Sergio estaba en todas partes y lo veía todo.